



## Nuevas aportaciones históricas sobre la evolución ideológica del carlismo

Manuel Martorell Pérez

Ramón Muruzábal, uno de los impulsores de la Fundación de Amigos de la Historia del Carlismo, comentaba recientemente que este movimiento político estaba viviendo un periodo gratamente esperanzador ya que, desde hace algunos años, se está reavivando el interés de los historiadores por su trayectoria, sin la cual no se puede comprender la historia contemporánea del País Vasco y, de forma más específica, la de Navarra. Y no se refería Muruzábal solo a la multiplicación de publicaciones, tesis doctorales y formación de equipos específicos de investigación universitaria, sino, también, a la celebración de congresos monográficos y, sobre todo, a otras iniciativas que, rebasando los círculos de la especialización, están surgiendo con vocación de recuperar la proyección cultural y social del carlismo cuando se

cumplen casi 180 años de su nacimiento como movimiento político. Entre las iniciativas más destacables hay que señalar el Premio Nacional de Historia del Carlismo, instituido en 1990 con carácter anual por la Fundación Hernando de Larramendi<sup>1</sup> y, dos años más tarde, la aparición en la localidad catalana de Solsona (Lleida) de la Fundació Francesc Ribalta, que desde 1992 ha organizado seis seminarios dedicados exclusivamente a este tema.<sup>2</sup>

De forma paralela, en Navarra, la Fundación de Amigos de la Historia del Carlismo acometía otro ambicioso proyecto: reabrir el Museo Carlista de Pamplona. Al contrario de lo que pueda parecer, el espíritu del nuevo museo no es mostrar, como reliquias de un lejano pasado, innumerables objetos históricos salvados de la destrucción y restaurados gracias al desinteresado apoyo del Gobierno Vasco, sino actualizar su significado y recuperar la huella de aquellas multitudes que unieron sus vidas a la causa de la «legitimidad proscrita». Según el proyecto inicial, el nuevo Museo Carlista, que estará ubicado en Estella, es concebido como un centro de estudios «vivo», como un catalizador de las investigaciones y debates sobre las profundas transformaciones político-sociales de los dos últimos siglos, su repercusión en nuestros días y, evidentemente, el papel que en ellas ha jugado el carlismo.

Por lo que respecta a la producción historiográfica y aun corriendo el riesgo de caer en el esquematismo, existen tres grandes tendencias. En primer lugar, la reflexión interna, iniciada en los años 70 y aún no concluida, de historiadores vinculados al Partido Carlista.<sup>3</sup> En realidad, se trata de una continuación de los trabajos divulgativos elaborados durante la transición democrática fundamentalmente por miembros de la familia real y por quien fuera secretario general del partido, José María Zavala.<sup>4</sup> Tienen estas publicaciones el valor de centrarse en explicar las claves del giro progresista experimentado por el carlismo en los años 60, tema sobre el que siguen profundizando tanto la copiosa producción de Josep Carles Clemente<sup>5</sup> como la de otros autores carlistas.

Los últimos trabajos de Josep Carles Clemente, entre ellos una breve historia del carlismo, han salido a la luz dentro de la Biblioteca Popular Carlista, que, impulsada por Javier Onrubia, ha publicado una recopilación de artículos hecha por Xavier Ferrer Bonet –*En torno a una ideología: el Carlismo*–, la novela de Josep Miralles Climent *Heterodoxos de la causa perdida* y el primer libro monográfico sobre los GAC –*La resistencia carlista contra la dictadura de Franco: los Grupos de Acción Carlista (GAC)*–, del propio Javier Onrubia, que igualmente es el responsable de la colección Cuadernos de Historia del Carlismo, que ya ha editado 16 folletos monográficos.<sup>6</sup> De Javier Onrubia también es el cuaderno dedicado al pensamiento cristiano del pretendiente Javier de Borbón Parma, que ha difundido la ya citada Fundación de Amigos de la Historia del Carlismo, junto a un trabajo de Fermín Pérez Nievas y la autobiografía de Tomás Martorell Rosáenz.<sup>7</sup> Además, hay que tener presente la obra publicada por Plaza y Janés sobre Javier de Borbón Parma<sup>8</sup> y los estudios de Joaquín Cubero también centrados en la posición política del carlismo a partir de 1968.<sup>9</sup>

El segundo gran foco de revitalización de la historiografía carlista está situado en torno a la Comunión Tradicionalista Carlista (CTC) y a la Fundación Hernando de Larramendi. Desde estas dos plataformas se lanza la revista *Aportes* y la editorial *Actas*, que incluye, esta última, una colección específica destinada a publicar los trabajos premiados en el Concurso de Historia del Carlismo. A grandes rasgos, la línea ideológica de este bloque editor se

corresponde con la CTC, que tuvo su congreso constituyente en mayo de 1986, aglutina a los grupos que se apartaron de la disciplina del Partido Carlista y representa, en su conjunto, una continuidad de la corriente tradicionalista predominante antes de la novedosa irrupción, ideológicamente hablando, de Carlos Hugo y María Teresa de Borbón Parma. Tanto los trabajos de Bullón de Mendoza, Francisco Javier Lizarza, Javier Nagore como los de Francisco Asín suelen tener, por lo general, como objeto de estudio las guerras civiles del siglo XIX y la Guerra Civil de 1936,<sup>10</sup> temas a los que hay que añadir la inmersión en los aspectos ideológicos realizada por Bullón de Mendoza, Elías de Tejada y Frederick D. Wilhelmsen.<sup>11</sup>

En el tercer apartado hay que incluir a aquellas obras elaboradas desde ámbitos académicos que se han sumado a las nuevas tendencias de la historiografía a la hora de tratar el carlismo como «objeto de análisis científico». En este sentido, el trabajo de Javier Ugarte Tellería,<sup>12</sup> pese a circunscribirse a los inicios de la Guerra Civil, es una de las aportaciones más novedosas en el terreno de la cultura política del carlismo. Javier Ugarte penetra en las entrañas del entorno social y humano del requeté alavés y navarro, en ese profundo sistema de valores que es el tradicionalismo, toda una concepción del mundo, que se corresponde con ese entorno social, con esa cotidianeidad de la que brotan actitudes políticas frente a un mundo exterior a veces concebido como una agresión. De todos es conocida la obra de Martin Blinkhorn, quien reconoce haberse quedado a mitad de camino en la pretensión de alcanzar un conocimiento general del carlismo del siglo XX.<sup>13</sup>

Pese a partir de estudios parciales, otros autores de esta línea académica -llamémosle así para diferenciarla de la vinculada a organizaciones políticas-, están contribuyendo en los últimos años a un mejor conocimiento de este fenómeno político abriendo líneas de investigación novedosas y poniendo en cuestión afirmaciones o hechos admitidos sin discusión hasta ahora. Las razones de su supervivencia a lo largo de casi dos siglos, los motivos que llevaron a las masas campesinas a esa unión «contra natura» con la nobleza realista frente al liberalismo, la estructuración de su más que evidente heterogeneidad social, geográfica y, en definitiva, ideológica, la aportación de sectores urbanos o las relaciones organizativas entre personas procedentes de grupos sociales dominantes—incluida la dinastía real— y clases subalternas son solamente algunos de estos sugestivos temas estudiados.

Especialmente reveladoras son las reflexiones plasmadas en el libro colectivo coordinado por Jordi Canal *El carlisme. Sis estudis fonamentals*,<sup>14</sup> las realizadas por Julio Aróstegui<sup>15</sup> cuando plantea la heterogeneidad del movimiento, tanto por la diferente extracción social y geográfica de sus seguidores como por el amplio abanico ideológico que ello representa; las de Jaume Torras, autor de *La Guerra de los Agraviados*, quien intenta explicar el carlismo relacionando su surgimiento con los desajustes en el desarrollo social y económico de la España de comienzos del XIX respecto a otras zonas de Europa<sup>16</sup> o las cuestiones que, en la obra coordinada por Jordi Canal, presentan Josep Fontana, Joseba Agirreazkuenaga, J. M. Ortiz de Orruño o Pere Anguera sobre las relaciones entre la dinastía, los dirigentes y la base social del carlismo.

El esfuerzo realizado por esta historiografía académica es de gran valor pero, pese a todo, sigue habiendo importantes lagunas en el estudio de un movimiento que ha sido un

protagonista de primer orden en momentos tan claves de nuestra historia contemporánea como las insurrecciones del siglo XIX, la Guerra Civil o la propia dictadura franquista. Por poner solamente tres ejemplos, diremos que son escasos los trabajos enfocados en la complejidad cultural y sociológica de este movimiento de masas sin parangón, en cuanto a su longevidad, en otras regiones de Europa, la inexistencia de una visión general de su papel durante la dictadura franquista y la asignatura pendiente de explicar la continuidad ideológica desde sus orígenes en el siglo XIX hasta los años setenta del XX.

A la hora de acometer la continuidad ideológica, en el caso del carlismo, no solamente hay que hablar de sus definiciones programáticas sino que hay que tener presente su peculiar estructura como movimiento político e, incluso, el enfoque con que ha sido tratado por la historiografía. En este sentido, algunos historiadores consideran que ha existido una perspectiva viciada, un error de planteamiento inicial, al asumir el carlismo como objeto de estudio. Jaume Torras, por ejemplo, saca a colación la rigidez con que la historiografía de los vencedores suele tratar fenómenos populares que no encajan con su proyecto sociopolítico y que, en lo referente al carlismo, ha llevado a aceptar demasiado fácilmente que la participación de amplias capas campesinas en este movimiento se debía a la manipulación de una masa ignorante y reaccionaria. Para este autor, esta postura historiográfica, extensible a otras «historias oficiales» ante movimientos populares poco encasillables ideológicamente, cae en una especie de darwinismo histórico que rechaza a todos aquellos grupos, fuerzas y sectores políticos que no han podido o no han querido aceptar el proyecto sociopolítico del más fuerte.

El esquematismo anterior, por ejemplo, ha inducido, dice Torras, a interpretar en clave de «conflicto de clases y lucha política» hechos históricos propios de «formaciones sociales precapitalistas, con estructuras ideológicas diferentes y muy complejas», lo que ha terminado por negar a esas capas populares su papel de «sujetos históricos» y por explicar su participación en acontecimientos de gran trascendencia para un país más como «un acto reflejo» de «estímulos económicos» que como una actitud conscientemente asumida y deliberada. La forma de superar estas deficiencias, en opinión de Torras, estriba en un mejor conocimiento de «las condiciones materiales en que vivía la sociedad objeto de estudio» y en la comprensión de «los procesos ideológicos por medio de los cuales las diferentes clases interpretaban estas condiciones (de vida) y orientaban su comportamiento». <sup>17</sup> Como apunta Torras, hay que asumir los conceptos de «tradicionalismo» y «tradicional» no tanto como antagónicos excluyentes del de «modernidad» sino como una práctica política, procedente del Antiguo Régimen, que coexiste con la implantación del orden social burgués; no se trata tanto de que el tradicionalismo se entienda como reacción al liberalismo sino más bien de aceptar que el liberalismo «choca» con un sistema tradicional todavía suficientemente fuerte como para verse obligado a adaptarse a las nuevas circunstancias. <sup>18</sup>

Por eso, al plantear un estudio sobre la evolución y continuidad ideológica del carlismo es necesario tener presente que comenzó a gestarse como producto de una formación social no sincronizada con el desarrollo industrial impulsado a finales del siglo XVIII por la burguesía urbana. Además, ni el carlismo ni el liberalismo de España pueden ser comprendidos siguiendo los modelos de otras revoluciones burguesas; el liberalismo español no tuvo

la fuerza ni la cohesión del europeo, sencillamente porque el desarrollo social de la península iba muy a la zaga de aquel y, consecuentemente, en España pudo surgir una resistencia de mayor envergadura que tomó forma política en el carlismo. En este sentido, también habría que admitir que, si al liberalismo, precisamente a causa de su debilidad, se le presenta como un conjunto de tendencias radicales, progresistas, republicanas, federalistas e, incluso, socializantes (correspondientes a los segmentos de clase que componían la sociedad «burguesa» española: funcionarios, pequeña burguesía urbana, intelectuales, profesiones libres y comerciantes, burguesía nacional periférica y clase obrera), el carlismo aglutina, en tanto que opción política opuesta a las reformas del liberalismo, una heterogeneidad semejante.

Aróstegui, rompiendo algunos planteamientos esquemáticos, insiste en que, ni siquiera cuando se consolidó como posición política, durante la guerra de 1872, se podía reducir este fenómeno a una simple «reacción» de una masa campesina manejada por el clero<sup>19</sup> y demuestra que la base social del carlismo se extendía por algunos segmentos de población urbana, entre ellas profesiones «liberales», comerciantes y artesanos. El problema se complica extraordinariamente si, de acuerdo con los análisis de Pere Anguera, llegamos a la conclusión de que, aun abstrayendo uno de estos grupos sociales –por ejemplo, el pequeño campesinado, que parece el más compacto dentro de esa heterogeneidad social– tampoco se puede equiparar la intervención de los campesinos vasconavarros con la de los catalanes, aragoneses, levantinos, riojanos o cántabros; sus condiciones sociales, culturales y, por lo tanto, las motivaciones que les llevaron a abrazar la causa de Don Carlos eran distintas.<sup>20</sup>

Pero, después de estas consideraciones, ¿se puede hablar de una continuidad ideológica del carlismo? Su evidente heterogeneidad social y geográfica dificultan una respuesta positiva, pero también es cierto que pocos objetos de estudio entroncan más adecuadamente con el concepto contemporáneo de «nueva historia política», de la historia de las mentalidades, que la evolución ideológica del carlismo, un movimiento en el que los mecanismos de generación de mentalidad colectiva, los valores morales y religiosos, los elementos antropológicos, la sacralización de las costumbres, los símbolos, la transmisión de recuerdos históricos –como los hechos bélicos–, determinados microsistemas de vida cotidiana –como la familia rural, el pueblo, la aldea...–, la cultura popular y hasta el folklore juegan un papel más determinante en la configuración de la conciencia política –de la ideología, en definitiva– que la estructura social y económica.

El carlismo debe ser entendido más como un hecho social que como un partido en el sentido clásico; parafraseando a María Fernanda G. de los Arcos, sería todo un sistema de referencias que permiten cohesionar a un grupo de población, dotándole de unidad ideológica, de personalidad y sentido colectivo;<sup>21</sup> en palabras de María Cruz Mina, el carlismo sería un claro caso de «cultura política aplicada a las masas».<sup>22</sup> Y es aquí donde sí podemos encontrar las razones de una continuidad ideológica, la continuidad de un sistema de pensamiento, organización y actuación, en definitiva de una concepción del mundo y de una determinada actitud política, que, entre sus características, se destaca por la capacidad de adaptación a los tiempos.

Jordi Canal, precisamente, subraya entre las razones de su gran longevidad su predispo-

sición evolutiva junto a su indefinición ideológica, tan vinculada a la heterogeneidad social y geográfica,<sup>23</sup> hecho que, a su vez, le ha permitido engrosar sus filas con personas de la más variada procedencia. Para Pere Anguera la larga duración del movimiento y el amplio abanico social de su militancia es inversamente proporcional a su compenetración ideológica. «Es evidente –afirma Anguera– que una supuesta corriente ideológica que se mantiene como mínimo entre 1833 y 1977, es decir, a lo largo de un siglo y medio, no puede ser un movimiento unívoco, aunque solamente sea por la diversidad de etapas en que subsiste, por la pluralidad de dirigentes o por la confusa trama de ambiciones y justificaciones de las bases sino también porque los dirigentes y los militantes que conviven en los mismos años y en los mismos lugares no comparten más elementos de identificación que el nombre del partido y llegan a estar en las antípodas ideológicas y pueden acabar liquidando violentamente sus diferencias».<sup>24</sup>

Estrechamente relacionado con esta indefinición ideológica y con su peculiar –por difusa– estructura interna está el fenómeno que Jordi Canal ha definido como periodos «amalgamáticos». Se trata de la entrada en «aluvión» de dirigentes políticos procedentes de partidos conservadores asustados por el desarrollo de los acontecimientos y que, a falta de otra alternativa, se ofrecían al carlismo para acentuar su orientación contrarrevolucionaria. En la historia del carlismo, estas situaciones se detectaron claramente durante el siglo XIX en la I Guerra Carlista y en los años anteriores a la II Guerra Carlista, pero tuvieron su mayor expresión y trascendencia al proclamarse la II República. Como ocurrió con los «neocatólicos» en 1869 y 1870, en 1932 los carlistas que se habían apartado de la disciplina del partido –integristas y mellistas– y los «nuevos carlistas» coparon, debido a su mayor preparación intelectual, los cargos políticos más destacados, especialmente en el Parlamento y en la red de prensa y propaganda del partido, quedando los «viejos carlistas», sumidos en el recelo, al mando de las organizaciones territoriales.

Jordi Canal<sup>25</sup> también se refiere a esa capacidad de adaptación a los nuevos tiempos en temas tan vitales como la progresiva aceptación del sufragio universal, del sistema parlamentario, de los partidos políticos, la paulatina urbanización de su idiosincrasia guerrera –es paradigmático, en este sentido, el caso del Requeté en los años 30–, la aceptación de métodos de propaganda modernos y la construcción de una red de sociedades gregarias –los Círculos– que permiten el mantenimiento y transmisión de toda una cultura política autoalimentada por los mismos ritos, actos, himnos, conmemoraciones, lazos familiares, comunitarios y de lealtad, simbología y profundos valores religiosos.

Incluso, en el caso del carlismo, algunos elementos de claro componente ideológico perturban las tradicionales formas organizativas de un partido. El hecho, por ejemplo, de que la vida en los círculos –el ambiente de bar, charlas informales de amigos, conferencias, actividades religiosas y caritativas...– tenga más relevancia que las reuniones políticas de la militancia o que, en definitiva, la jerarquía no sea más que un eslabón en la relación directa del pueblo con la dinastía han podido ser, en muchos casos, la clave de que la base social del carlismo no haya seguido a sus dirigentes en los casos más importantes de escisión –integristas, mellistas, octavistas y juanistas– o haya aceptado una evolución ideológica, aparentemente, contra natura. No se trata tanto de que el rey, en el que personifican una

justicia por encima de la división social y política, sirva de coartada para tomar una posición contra un jerarca al que, por cierto, socialmente pocas cosas le vinculan, sino de que el valor de la fidelidad a la dinastía supera cualquier otra consideración.

Muy relacionado con esta heterogeneidad social es otra constante en la historia del carlismo: la radicalización de las bases. Se trata de un fenómeno tan antiguo como la propia aparición del carlismo como movimiento armado. Son de sobra conocidos los episodios de radicalización social durante los años 30, 40 y 70 del siglo pasado, sobre todo en Cataluña y Maestrazgo, y a comienzos de este siglo entre los refugiados carlistas que se habían establecido en Francia. Este fenómeno también revela las diferencias sociales existentes entre la élite, de clara composición legitimista o integrista, que normalmente rodeaba al pretendiente, y la base popular, mucho menos ideologizada y más interclasista, hasta el punto de que, en las ocasiones que comentamos, evoluciona hacia posiciones políticas de rebeldía social muy próximas al republicanismo, federalismo y hasta al socialismo.<sup>26</sup>

A la hora de analizar el contenido profundamente religioso del carlismo, que es el que le ha dado sus connotaciones más conservadoras –tan fácil y, muchas veces superficialmente, aceptadas–, también debiera enfocarse su estudio a través del prisma de la historia de las mentalidades. Refiriéndose al siglo XIX, Jaume Torras explica que se ha de tener presente que «los realistas que expresaban tanto integrismo religioso no eran simples marionetas de sus intransigentes pastores espirituales; eran hombres y mujeres que vinculaban su vida afectiva a un sistema de ritos y valores que tenían como eje la Iglesia, alrededor de la cual se tejen las relaciones interpersonales dentro de la colectividad campesina. Cualquier atentado contra este sistema debía ser profundamente perturbador; todavía más cuando la causa constitucional la encarnaban, a ojos del campesinado, individuos con unas motivaciones que no compartía ni comprendía en el mejor de los casos o, la mayoría de las veces, tenía razones suficientes para repudiar».<sup>27</sup> Torras coloca en este trabajo algunos ejemplos de los miedos que provocaban entre los campesinos, y otras capas populares, las innovaciones liberales en aspectos como la religión, la estructura familiar, la conducta sexual o la desprotección en que quedarían con gobiernos, huérfanos del «padre Rey», en manos de «hombres ambiciosos y malvados que no buscan más que hacer su negocio chupando la sangre de los pueblos». La revolución, en definitiva, era la amenaza para todo un sistema de vida, un conjunto de valores cristianos que reflejaban un equilibrio social: la familia, los bienes comunales, los fueros, ... en definitiva, la tradición.

Teniendo en cuenta que tanto en Italia como en España la religión católica tiene un peso específico de primera magnitud en la sociedad rural, no está de más prestar atención a las reflexiones gramscianas sobre el papel político de la religión y su consideración como «unidad de fe entre una concepción del mundo y una norma de conducta acorde con ella», como una cultura hegemónica que recoge, incluso, elementos folklóricos enraizados en la población a lo largo de los siglos,<sup>28</sup> y al sacerdote, en tanto que «intelectual orgánico», en este caso tradicional, como «elemento organizador de una sociedad basada primordialmente en las clases campesina y artesanal».<sup>29</sup> A la vista del papel jugado por el clero en los proyectos comunales y cooperativistas –y no solamente en Navarra–, se deberá concluir que el clero carlista no puede quedar reducido a ser el brazo político, el instrumento, de los terratenientes

o caciques locales para aplicar su política reaccionaria en las zonas rurales y pequeñas ciudades provincianas de la periferia peninsular.<sup>30</sup>

Salvando las distancias, algo semejante al debate sobre la catalogación ideológica del carlismo ha sucedido con el islamismo político reciente y, más en concreto, con la Revolución Iraní de 1979. Este acontecimiento, que después ha degenerado en un sistema político marcadamente integrista, no «encajaba» en el concepto de revolución social admitido generalmente en la historiografía ya que el peso de los valores superestructurales eran más determinantes en ese cambio revolucionario que el enfrentamiento político o la lucha de clases. En Irán y en otras sociedades islámicas que no habían pasado por la revolución burguesa, los vínculos tradicionales, familiares, el entorno de una sociedad retardataria, campesina, una cultura globalizadora profundamente religiosa, el papel protagonista de los clérigos y los mecanismo de obediencia y fidelidad hacían imposible que cuajasen unas propuestas reformistas y modernizadoras importadas de las democracias liberales europeas alejadas de los sentimientos vitales de buena parte de la población; pero ello no impedía que, partiendo de esa concepción religiosa de la sociedad, surgieran movimientos políticos que iban desde el integrista más conservador hasta la teología de la liberación.<sup>31</sup>

Como ya hemos afirmado, la continuidad ideológica del carlismo está marcada por su peculiaridad como movimiento capaz de reproducir, generación tras generación, los mismos recuerdos, las mismas referencias ideológicas, las mismas costumbres políticas, en definitiva, una mentalidad colectiva y una cultura popular específicas. Tal vez, partiendo de estas reflexiones se pueda entender por qué un movimiento que no se ha destacado precisamente por su elaboración teórica, o por concretar sus propuestas en un programa político, tenga, sin embargo, tal carga ideológica y que sus principios hayan logrado sobrevivir durante tanto tiempo.

Esos mecanismos de reproducción cultural son los que han permitido plasmar sólidamente en la conciencia colectiva unos pocos principios básicos –religión católica, configuración organicista del Estado, derechos históricos de las regiones y un monarca en el que se personifican la justicia y las aspiraciones populares– bajo la forma del lema «Dios-Patria-Fueros-Rey». A través del estudio de Alexandra Wilhelmsen se puede comprender el estado embrionario en que se encontraban –desde el punto de vista de la teoría política– cuando, derrotado militarmente en 1876, el carlismo se ve obligado a transformarse en una organización política más de la España de la Restauración.<sup>32</sup> A ellos hay que añadir a comienzos del XX el concepto de justicia social. A grandes rasgos, la evolución ideológica experimentada por el carlismo durante el siglo XX estriba en el desarrollo de estas cinco líneas de actuación, que han ido tomando cuerpo con el transcurso de los acontecimientos, la práctica política y las transformaciones sociales.

A la hora de acometer el análisis de la continuidad ideológica de un movimiento tan peculiar como éste, las nuevas tendencias historiográficas, concretamente la denominada «nueva historia política» y la de las mentalidades, ofrecen herramientas metodológicas nada despreciables –como la microhistoria, historia desde abajo o las técnicas orales–, pero no hay que olvidar tampoco una relectura de los textos clásicos. Alexandra Wilhelmsen ha comenzado a realizar esta tarea, repasando de forma exhaustiva la obra de los primeros teóricos



carlistas y destacando la influencia que Antonio Aparisi y Guijarro, considerado el primer sistematizador del pensamiento carlista, tuvo sobre Carlos VII.<sup>33</sup> A él se atribuye la elaboración de la *Carta manifiesto a mi hermano Alfonso*, verdadera declaración de principios del pretendiente en 1869, que Jaime del Burgo Torres define como «el fundamento ideológico doctrinal del carlismo de la época».<sup>34</sup> A través de Aparisi y Guijarro se puede comprender cómo entre los carlistas comienza a cuajar esa concepción de que el capitalismo no es más que otra consecuencia inmoral del liberalismo y cómo para este movimiento el principio de subsidiariedad –la primacía de lo local y regional– se va convirtiendo en el pilar básico del Estado, además de reconocer la necesidad de órganos consultivos y legislativos que limiten el poder absoluto del monarca.<sup>35</sup>

Y si es necesario releer a Aparisi y Guijarro para situarnos en el punto de partida de la evolución ideológica del carlismo, mucho más lo es hacerlo con la copiosa obra de Juan Vázquez de Mella, indudable puente teórico con el carlismo del siglo XX. Severino Aznar señala que la mano de Vázquez de Mella ya estaba detrás del manifiesto-programa conocido como Acta de Loredán (1897),<sup>36</sup> reflejo de la encíclica *Rerum Novarum*, que abrirá al carlismo las puertas de la actividad sindical y del cooperativismo agrario. Vázquez de Mella basa sus teorías en los autores socialcristianos que, influidos por la doctrina social del papa León XIII, intentan dar una respuesta cristiana a los nuevos problemas del siglo XX. Aunque data de 1934, el prólogo de Severino Aznar al Volumen XXIV de las *Obras Completas* de Vázquez de Mella<sup>37</sup> es bien significativo sobre las fuentes teóricas de las que mana el pensamiento social de quien es considerado principal sistematizador del pensamiento carlista. No solo de él procede el neologismo «sociedadismo» sino las propuestas más elaboradas de crear corporaciones sindicales en las que confluyan las organizaciones de los patronos y las de los obreros, en consonancia con la tradicional tesis carlista de que la lucha de clases era algo contrario a la moral cristiana. De la misma forma se podría hablar de la autonomía política para las entidades naturales, que son el vínculo más directo entre la reivindicación de los primeros carlistas para recuperar las instituciones del Antiguo Régimen y su propuesta de una democracia organicista, y del rechazo a la hegemonía de los partidos sobre la estructura institucional del Estado, aunque es también en la obra de Vázquez de Mella donde se acepta, por primera vez, la necesidad de grupos políticos organizados.<sup>38</sup>

La II República y la Guerra Civil suponen para esta evolución, que discurría con cierta homogeneidad bajo el liderazgo de Don Jaime, una profunda y trascendental inflexión. Martín Blinkhorn ha estudiado a conciencia este periodo, describiendo cómo a las filas del carlismo llegan, durante los años 30 y en verdadera avalancha, dirigentes que procedían de las corrientes carlistas apartadas de la disciplina del partido –integristas y mellistas–, de la derecha radical, de las filas alfonsinas e, incluso, de las del Ejército, que veía hasta entonces al carlismo más bien como un enemigo que como un aliado. Durante estos años, la implantación de la denominada Comunión Tradicionalista rompe todos sus límites electorales, geográficos y sociológicos precedentes, desnaturalizando la línea de actuación del carlismo; valores como la religión, la unidad de España y el anticomunismo relegan a un segundo plano las propuestas federalistas y el compromiso social que se habían asumido durante el periodo jaimista.<sup>39</sup>

Por eso, Martin Blinkhorn hace un flaco favor al carlismo al sobrevalorar las teorías de Víctor Pradera en detrimento de las de Vázquez de Mella porque Pradera, como político, más bien representa ese magma ideológico de los años 30 que, en definitiva, significaba la desintegración del carlismo, y el propio Vázquez de Mella había «roto», políticamente hablando, con quien se considera el primero y más brillante de sus discípulos.<sup>40</sup> El ejercicio de relectura de obras «clásicas» en la historia del carlismo puede ayudar a entender la envergadura de esta desnaturalización. He aquí un ejemplo: siguiendo la trayectoria de la cúpula tradicionalista de los años 30, se evidencia que de los 26 dirigentes estudiados<sup>41</sup> solamente siete –José Roca y Ponsa, Luis Hernando de Larramendi, monseñor Pedro Lisboa, Miguel Junyent, Eustaquio Echave Sustaeta, Jesús Comín y Lorenzo María Alier– llevaban sobre sus espaldas el peso de la continuidad, es decir, eran carlistas «viejos», jaimistas, que habían aceptado la evolución ideológica iniciada por Carlos VII y continuada por Don Jaime.

De los otros 19, dos –el conde de Rodezno y Luis Arellano–, aunque considerados «jaimistas», en realidad respondían a la filosofía de los «nuevos» carlistas, a la «amalgama» que propugnaba una gran alianza derechista, renunciando a los principios legitimistas y llegando a un acuerdo con la rama liberal; los 17 dirigentes restantes habían abrazado el carlismo o se reintegraron en él una vez proclamada la II República y procedían, fundamentalmente, del integrista –Fal Conde, que militaba en la corriente integrista más cercana al jaimismo, José Luis Zamanillo, Marcial Solana, Emilio Ruiz Muñoz, Agustín González de Amezua, Ricardo Gómez Rojí, Fernando Contreras, Manuel Senante y José M<sup>a</sup> Lamamié de Clairac–; dos habían trasvasado de la escisión mellista –Pradera y Bilbao– y cinco estaban claramente vinculados al sistema de la restauración liberal y alfonsina –José M<sup>a</sup> Oriol, Domingo Tejera, el conde de Castellano, el barón de Cárcer y Romualdo de Toledo–; a todos ellos hay que añadir un hombre de acción: Antonio González Gregorio, que también ingresó en la Comunión Tradicionalista en 1932.

Casi todos estos dirigentes y muchos otros de los que se unieron a las filas del carlismo tras proclamarse la II República asustados por el avance de la revolución social en España, aceptaron primero su integración en FET y de las JONS y, después, apoyaron de forma incondicional el régimen de Franco o bien rindieron, tras el conflicto, pleitesía a Don Juan de Borbón. ¿Cuáles son las razones de carácter ideológico, los sentimientos, los vínculos afectivos o de fidelidad que llevaron a los combatientes carlistas de la Guerra Civil a no seguir su camino, manteniéndose fieles a quienes, en medio de grandes dificultades, apostaron por mantener la autonomía política del carlismo frente al régimen franquista?

Pocos autores se han asomado a esta década de oscuridad, tan trascendental para la continuidad del carlismo como proyecto político, que son los años 40, durante los cuales se fue deshaciendo la madeja amalgamática compleja y circunstancialmente formada durante los años 30. La recopilación documental de Manuel de Santa Cruz es una consulta todavía obligatoria y Aurora Villanueva realiza un excelente recorrido por las vicisitudes del carlismo navarro durante esos años.<sup>42</sup> Francisco Javier Caspistegui<sup>43</sup> es el historiador que más se ha acercado a explicar la evolución del carlismo tras la Guerra Civil, constatando su giro hacia el socialismo en los años 60, pero todavía queda pendiente por estudiar qué relación tenía todo

ello, desde el punto de vista de la evolución ideológica, con el carlismo anterior a la II República, en qué planteamientos políticos se basaba y qué mecanismos de la conciencia colectiva, tan sólidamente asentada en este movimiento de masas, hicieron posible que durante la década de los 70 surgiera lo que podríamos definir como el «izquierdismo» de los requetés.

## NOTAS

1. Solamente hasta 1998 se habían presentado a este certamen 31 trabajos inéditos.
2. De los seis seminarios, las comunicaciones de los cinco primeros han sido publicadas bajo los títulos *El carlisme i la seva base social* (1992), *El carlisme com a conflicte* (1993), *Literatura, cultura i carlisme* (1995), *Lleves, circumscrició i reclutament. Aspectes socials del carlisme* (1997) y *El carlisme i la dona* (1998). Los trabajos correspondientes al VI Seminario "Carlisme, Foralisme, qüestió nacional y prensa carlina" se encuentran en fase de publicación. También ha editado la Fundació Francesc Ribalta *La Primera Guerra Carlina a Catalunya*, de Josep M. MUNDET i GIFRÉ (1990), *Els Tristany d'Ardèvol, carlins irreductibles. Genealogia*, de César LÓPEZ HURTADO (1993) y *Carlins amb armes en temps de pau*, de FERRAN SÁNCHEZ i AGUSTÍ (1996).
3. La última aportación en esta línea es la de Josep CARLES CLEMENTE –Carlos Hugo. *La transición política del carlismo* Muñoz Moya Editores-, que fue presentada en Madrid el mes de junio del año pasado por Carlos Hugo y María Teresa de Borbón Parma.
4. ZAVALA, José María *Partido Carlista* Albia 1977 Bilbao; CLEMENTE; Josep Carles *Nosotros los carlistas* Cambio 16 1977; BORBÓN PARMA, Carlos Hugo *Qué es el carlismo* La Gaya Ciencia 1976 Barcelona; *La vía carlista al socialismo autogestionario* Grijalbo 1977 Barcelona; BORBÓN PARMA, María Teresa *El momento actual español, cargado de utopía* Cuadernos para el Diálogo 1977 Madrid, *La clarificación ideológica del Partido Carlista* EASA 1979 Madrid; BORBÓN PARMA, Cecilia *Diccionario del carlismo* Dopesa 1977 Barcelona; BORBÓN PARMA, Irene *La mujer y la sociedad* Plaza y Janés 1979 Barcelona.
5. CLEMENTE, Josep Carles (Además del citado *Nosotros los carlistas*) *Los orígenes del carlismo* EASA 1979 Madrid, *Bases documentales del carlismo y de las guerras civiles de los siglos XIX y XX* Servicio Histórico Militar 1985 Madrid, *Los carlistas* Istmo 1990 Madrid, *El carlismo. Historia de una disidencia social (1833-1976)* Ariel 1990 Barcelona, *Historia del Carlismo contemporáneo, El carlismo en la España de Franco. Bases documentales. 1936-1977* Fundamentos 1994 Madrid, *Raros, heterodoxos disidentes y viñetas del carlismo* Fundamentos 1995, *Seis estudios sobre el carlismo* Huerga y Fierro 2000 Madrid, *El carlismo en el novecientos español* Huerga y Fierro 2000 Madrid, *El carlismo en su prensa (1931-1972)* Fundamentos 1999. La obra de Josep Carles Clemente tiene la ventaja de reproducir abundantes documentos originales sobre los temas que trata pero el inconveniente de que gran parte de su obra se repite en los mismos lugares comunes; como conjunto hay que destacar, sin embargo, *Historia general del carlismo* Madrid 1992.
6. Se trata de pequeños cuadernos publicados sobre todo a partir de 1997 que recogen artículos, de no más de 30 páginas, pero que tratan asuntos específicos y suelen reproducir documentos originales. Por su interés se pueden citar los escritos por María Teresa BORBÓN PARMA –*Neoliberalismo e inmigración, Valle Inclán, su obra y el carlismo*–; Javier ONRUBIA –*Melchor Ferrer, historiador carlista, Las mujeres carlistas en la oposición a Franco, El debate ideológico en el seno del Partido Carlista: las FARC. Carlismo y fueros: un proyecto de autogestión y poder popular*–; Joaquín CUBERO –*Los cursos de la Juventud Carlista*–; José Carlos CLEMENTE –*Las hijas de Don Javier*–; Adolfo GOÑI –*Los cristianos y el socialismo autogestionario*–; José María ZAVALA –*El modelo carlista de transición al socialismo*– e Ildefonso PORRO –*Notas sobre los GAC (Grupos de Acción Carlista)*–.
7. PEREZ NIEVAS BORDERAS, Fermín *Contra viento y marea. Historia de la evolución ideológica del carlismo a través de dos siglos de historia*. Pamplona 1999; ONRU-

## NOTAS

- BIA REBUELTA, Javier: *El pensamiento cristiano de Don Javier de Borbón Parma*, Pamplona, 1997; MARTORELL ROSAENZ, Tomás: *Andanzas de un carlista del siglo XX*, Pamplona, 2001.
8. BORBÓN PARMA, María Teresa, CLEMENTE, José Carlos y CUBERO SÁNCHEZ, Joaquín: *Don Javier, una vida al servicio de la libertad*, Plaza y Janés, 1997, Barcelona.
  9. CUBERO SÁNCHEZ, Joaquín: *El Partido Carlista. Oposición al Estado franquista y evolución ideológica (1968-1975)*, comunicación incluida en el compendio de ponencias presentadas en las jornadas sobre *La oposición al régimen de Franco*, organizadas por la UNED en Madrid.
  10. BULLON DE MENDOZA, Alfonso: *La Primer Guerra Carlista* Madrid 1992; NAGORE YARNOZ, J. *Espíritu y vida en los Tercios de Requetés (1936-1939)*, Madrid, 1990; ASIN, Francisco: *El carlismo aragonés 1833-1840*, Zaragoza, 1983.
  11. ELIAS DE TEJADA, F.: *¿Qué es el carlismo?*, Madrid, 1971; UN REQUETÉ (seudónimo de Frederick D. Wilhelmsen): *Así pensamos*, Madrid, 1977.
  12. UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente*, Biblioteca Nueva, 1998, Madrid.
  13. BLINKHORN, Martin: *Carlismo y contrarrevolución en España 1931-1939*, Crítica, 1979, Barcelona.
  14. CANAL, Jordi (y Julio Aróstegui, Jaume Torras, Josep Fontana, J. Abirreazkuenaga, J. M. Ortiz de Orruño, Pere Anguera y Jesús Millán): *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, L'Avenc, Barcelona 1993. De Jordi Canal también es *El carlismo* una historia general publicada el pasado año por Alianza Editorial con el subtítulo *Dos siglos de contrarrevolución en España*.
  15. AROSTEGUI, Julio: *El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876*, Diputación Foral de Álava, 1970. Aróstegui también ha publicado *Los combatientes carlistas en la Guerra Civil española*, Aportes, Madrid, 1990.
  16. TORRAS, Jaume: «¿Contrarrevolució pagesa?», en *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, L'Avenc, 1993, Barcelona. Este texto está, a su vez, extraído del libro *Liberalismo y rebeldía*, Ariel, 1976, Barcelona.
  17. TORRAS, Jaume: «¿Contrarrevolució pagesa?», en *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, pp. 83-85.
  18. Torras ya recordaba a mediados de los 70 que E. J. Hobsbawm, uno de los más destacados especialistas en las revoluciones burguesas dentro del campo marxista, se adhería a esta diferenciación en su trabajo *Peasants and politics*, publicado en el número 1 de la revista *The Journal of Peasant Studies* (1973).
  19. AROSTEGUI, Julio: «El carlisme en la dinàmica dels moviments liberals espanyols. Formulació d'un model», en *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, p. 72.
  20. ANGUERA, Pere: «Sobre les limitacions geogràfiques del primer carlisme» en *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, p. 171.
  21. DE LOS ARCOS, María Fernanda G.: *La nueva historia política* Revista de Historia Contemporánea núm. 9, p. 37 Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993.
  22. MINA, María Cruz: *En torno a la nueva historia política francesa*, Revista Historia Contemporánea núm. 9, p. 59 Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993.
  23. CANAL, Jordi: *El carlismo*, Alianza Editorial, 2000, Madrid, p. 17 y ss.
  24. ANGUERA, Pere: «Sobre les limitacions historiogràfiques del primer carlisme» en *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, p. 159.
  25. CANAL, Jordi: *El carlismo*, Alianza Editorial, 2000, Madrid, p. 17 y ss.
  26. Josep Fontana ha estudiado el caso de la colaboración de las partidas carlistas y republicanas en Cataluña el año 1848 y la conversión de guerrilleros carlistas del Ampurdán al republicanismo durante el año 1869 en el artículo «Crisi camperola i revolta carlina» en *El carlisme. Sis estudis fonamentals*, p. 107; Pere Anguera se refiere a la deserción de «notables locales» durante los años 1836 y 1837 ante la actuación de unos voluntarios carlistas «más revolucionarios» que los componentes de la Milicia Nacional –*El carlisme. Sis estudis fonamentals*, p. 177– y también es destacable el caso del Manifiesto de La Garriga, en el que la burguesía de la zona de Tortosa acusa directamente a los voluntarios carlistas de querer implantar el comunismo –Josep Carles Clemente, *Historia general del carlismo*, p. 328.
  27. TORRAS, Jaume: *El carlisme. Sis estudis...*, pp. 93 y 94.
  28. GRAMSCI, Antonio: *Antología: Relaciones entre ciencia-religión-sentido común*, p. 367, y *Observaciones sobre el folklore*, p. 485, Siglo XXI Editores, Madrid, 1974.
  29. FERNÁNDEZ BUEY, Francisco: *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Grijalbo, Barcelona, 1977, p. 167.
  30. Se puede consultar sobre este tema el trabajo de Emilio MAJUELO y Ángel PASCUAL *Del catolicismo agrario al cooperativismo empresarial. Setenta y cinco años de la Federación de Cooperativas de Navarra (1910-1985)*, MAPA, 1991, Madrid.
  31. Existe abundante bibliografía que trata el choque entre modernidad e Islam –*El islamismo radical*, de Bruno ETIENNE, Siglo XXI, 1996, Madrid; *Genealogía del islamismo*, de Oliver ROY, Ediciones Bellaterra, 1996, Barcelona o *El desafío islámico*, de John L. ESPÓSITO, Acento Editorial, 1996, Madrid– pero son especialmente esclarecedores los artículos de Paul Balta en *Islam. Civilización y sociedades*, Siglo XXI, 1994, Madrid. En Irán, entre los teólogos islámicos de la liberación destacan el ayatolá chíf Talaghani y clérigo suní Ezedine Hoseini, que organizó en los años ochenta el grupo guerrillero kurdo Jabat (Lucha).
  32. WILHELMSSEN, Alexandra: *La formación del pensamiento político del carlismo (1810-1875)*, Actas, 1995, Madrid.
  33. Son significativas las anécdotas que menciona sobre esta

NOTAS

- relación casi familiar en la p. 446 de *La formación del pensamiento político del carlismo*.
34. DEL BURGO TORRES, Jaime: *Carlos VII y su tiempo*, Gobierno de Navarra, 1994, Pamplona, p. 172.
  35. APARISI Y GUIJARRO, Antonio: *Obras de Don Aparisi y Guijarro* (Cuatro tomos), 1873, Madrid.
  36. AZNAR, Severino: *Prólogo a Temas Sociales. Tomo XXIV de las Obras Completas de Vázquez de Mella*, Junta Homenaje a Mella, 1934, Madrid, p. XXX.
  37. Entre estas fuentes teóricas de Vázquez de Mella, Severino Aznar menciona en el citado y extenso prólogo a Donoso Cortés, Kannengiesser, Maumus y al cardenal Ceferino González.
  38. Vázquez de Mella los denomina «partidos circunstanciales», en los cuales se organizan, con vocación de disolverse una vez cumplida su misión, quienes proponen soluciones alternativas a determinados problemas del país.
  39. Los Sindicatos Libres, que después se convertirían en los Sindicatos Profesionales, en el País Vasco son un claro ejemplo de ello. Sobre esta actividad sindical y más concretamente sobre su repercusión en el movimiento obrero navarro, Salvador Carrasco Calvo presentó una interesante comunicación *Los Sindicatos Libres en Navarra (1915-1923)* en el «I congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII-XIX y XX», organizado por el Instituto Gerónimo de Uztariz.
  40. La «ruptura» de Mella con Víctor Pradera la explica Juan Ramón de Andrés en *El cisma mellista: historia de una ambición política* –Actas, 2001, Madrid– cuando el tribu-  
no tradicionalista se aparta del proyecto político –el Partido Social Popular– apoyado por Pradera. El repaso de las publicaciones y las entrevistas realizadas a militantes de los años 50 por este ponente confirman la desviación de Víctor Pradera, aun reconociéndolo como «mártir» del tradicionalismo por haber sido fusilado al comenzar la Guerra Civil, hasta el punto de que algunos de ellos ni siquiera lo reconocen como carlista.
  41. La estadística está elaborada siguiendo las biografías de los miembros de la delegaciones de Propaganda, Cultura, Requeté y del Consejo de la Comunión, utilizando como fuentes la «clásica» *Historia del Tradicionalismo Español de Melchor Ferrer* –Editorial Católica, 1979, Sevilla– y la obra de Martín Blinkhorn *Carlismo y contrarrevolución en España 1931-1939* –Crítica, 1979, Barcelona–. En realidad los miembros de estos equipos de dirección eran 28, pero de dos de ellos apenas consta actividad de relevancia ni en estos años ni en los siguientes: son Adolfo Gómez Ruiz, que solamente destaca en los años 40 como «correo» de Luis Arrese, secretario general de FET y de las JONS, en la operación «octavista», y el marqués de Santa Clara, conocido por su fervor antisemita durante los años 30.
  42. VILLANUEVA, Aurora: *El carlismo navarro durante el primer franquismo*, Actas, 1998, Madrid; SANTA CRUZ, Manuel de (seudónimo de Alberto Ruiz de Galarreta): *Apuntes y documentos para la historia del Tradicionalismo Español 1939-1966*, Madrid, 1993.
  43. CASPISTEGUI, Francisco Javier: *El naufragio de las ortodoxias. El carlismo, 1962-1977*, EUNSA, 1997, Pamplona.

## RESUMEN

Desde hace algunos años, se está reavivando el interés de los historiadores por la trayectoria del carlismo, sin la cual no se puede comprender la historia contemporánea del País Vasco y, de forma más específica, la de Navarra. La continuidad ideológica del carlismo está marcada por su peculiaridad como movimiento capaz de reproducir, generación tras generación, los mismos recuerdos, las mismas referencias ideológicas, las mismas costumbres políticas, en definitiva, una mentalidad colectiva y una cultura popular específicas. Tal vez, partiendo de estas reflexiones se pueda entender por qué un movimiento que no se ha destacado precisamente por su elaboración teórica, o por concretar sus propuestas en un programa político, tenga, sin embargo, tal carga ideológica y que sus principios hayan logrado sobrevivir durante tanto tiempo.

**Palabras clave:** Carlismo, Ideología, Movimientos políticos, Historiografía.

## LABURPENA

Azken urteotan, anitz dira karlismoa ikerketa xede duten historialariak. Karlismoa, Euskal Herriko historia-Nafarroakoa bereziki- ulertzeko gertakizun sahiestezina baita. Karlismoaren jarraipen ideologikoa transmisioan datza, hau da, belaunaldiz belaunaldi, oroitzapen, erreferentzia ideologiko eta ohitura politiko bertsuak mantentzeko erakutsi zuen gaitasuna dugu bere iraupenaren gako nagusia. Menturaz, gogoeta horiek abiapuntutzat harturik, ondoko paradoxa uler dezakegu, izan ere, teorikoki ezer gutxi ekoiztu duen mugimendu honek, sekulako karga ideologiko dauka eta bere oinarriek present diraute egungo gizartean.

**Gako-hitzak:** Karlismoa, Ideologia, Mugimendu politikoak, Historiografia.

## ABSTRACT

For several years now there has been a revival of interest by historians in the trajectory of carlism, without which the contemporary history of The Basque Country, and more specifically, that of Navarra cannot be understood. The ideological continuity of carlism is marked by its peculiarity as a movement capable of reproducing, generation after generation, the same memories, the same ideological references and the same political customs. Definitively ; a collective mentality and a specific popular culture. Using these reflections as a basis it is perhaps easier to understand why a movement that has never shone precisely for its theoretical elaboration or for its ability to define its proposals in a political programme, has nevertheless such ideological weight and how its principles have survived for so long.

**Key words:** Carlism, Ideology, Political movements, historiography.